

FAHREDDIN PACHÁ

El último guardián de Medina



Joyline+

FAHREDDIN PACHÁ

El último guardián de Medina

Las escenas y los diálogos sin fuente citada de esta historia, basada en hechos históricos, son recreaciones literarias.

Era de noche en Medina. Las calles habían callado y las luces de las casas se apagaban una a una. Un soldado iba con paso cansado a su puesto de guardia. De pronto se detuvo. Vio a alguien erguido a poca distancia. El hombre de uniforme tenía el rostro pálido, pero la mirada seguía firme.

«Pachá... ¿No ha descansado?»

Fahreddin Pachá volvió la cabeza. «Dime tú primero. ¿Cómo está tu compañero de guardia?»

«Los soldados están cansados, pachá. Esperan noticias.»

El pachá miró hacia la Mezquita del Profeta. Allí estaba la tumba de nuestro Profeta. Aquella ciudad en pleno desierto estaba sitiada. Las vías de ayuda se cerraban, la comida escaseaba y cada día traía otra dificultad.

«Iré a verlos por la mañana», dijo. Luego volvió la mirada a la oscuridad. No todos habían podido dormir aquella noche en Medina. El guardián de la ciudad también seguía en su puesto.



Cuando llegó a Medina, Fahreddin Pachá era un militar experimentado. Tras largos años de servicio, sabía que unas flechas en un mapa no bastaban para explicar una guerra. Un camino que parecía corto en el mapa podía suponer días de marcha. El retraso de un saco de víveres podía dejar sin comida a cientos de personas.

Fue enviado a Medina en 1916. El mundo estaba inmerso en una gran guerra. El jerife Hussein, emir de La Meca, preparaba una rebelión contra el gobierno otomano con apoyo británico. Pronto comenzaron los ataques al ferrocarril y a las líneas telegráficas. Después fueron atacados los puestos militares de los alrededores de Medina.

Fahreddin Pachá aceleró los preparativos de defensa. Se revisaron las posiciones y se enviaron las tropas a sus puestos. Los primeros ataques fueron rechazados. Pero el pachá comprendía que la lucha sería larga. Había comenzado una guardia muy, muy larga por Medina.



El pachá se inclinaba sobre la mesa del cuartel general. En el mapa tenía marcados caminos, estaciones y puntos de defensa. Cada noticia exigía una nueva decisión. En un lugar habían dañado las vías; en otro, habían atacado una patrulla.

«Si se corta este camino, el tren no podrá pasar», dijo un oficial.

Fahreddin Pachá siguió con el dedo la línea del mapa. Aquella fina línea significaba mucho. El tren no solo llevaba soldados. Traía harina, medicinas y cartas de familias lejanas.

Se enviaron equipos de reparación y tropas de protección. Mantener abierto el ferrocarril en el desierto se convirtió en una lucha en sí misma. Los ataques, apoyados también por el oficial británico Lawrence, debilitaban el vínculo de la ciudad con el exterior. Cada tren que llegaba a la estación se recibía en Medina como un nuevo respiro.



En Medina había también reliquias muy valiosas que proteger. Eran objetos de la época de nuestro Profeta y de siglos posteriores que mantenían vivo su recuerdo. Entre ellos había antiguos manuscritos del Corán y objetos preciosos regalados a la Mezquita del Profeta. Se cuidaban con gran amor y esmero y se llamaban «reliquias sagradas».

Fahreddin Pachá temía que sufrieran daños en la guerra. Los encargados se reunieron junto a los cofres. Examinaron con cuidado cada objeto, lo anotaron en una lista y lo acomodaron para que no se dañara durante el viaje.

Uno volvió a mirar su lista. «Revisémoslo una vez más, pachá.»

El pachá asintió. Una tarea así no admitía prisas. Los cofres guardaban valiosos recuerdos que habían llegado hasta ellos desde el pasado.

Las reliquias fueron enviadas a Estambul bajo escolta militar. Mientras el tren se alejaba, Fahreddin Pachá se quedó en Medina. Los cofres iban hacia un lugar seguro; pero la ciudad donde estaba la tumba de nuestro Profeta aún esperaba que velara por ella.



Luego los trenes empezaron a llegar con menos frecuencia. Quienes esperaban en la estación miraban primero al horizonte y después escuchaban junto a las vías. ¿Se oiría el conocido ruido de una locomotora? Cuanto más tardaba el tren esperado, más crecía la inquietud en la ciudad.

Una mañana, el encargado de los víveres puso su libro de cuentas ante el pachá. La harina escaseaba. Había que repartir la comida con más cuidado. Ese día se redujeron las raciones. Algunos soldados no se comían todo el pan de inmediato: guardaban un trozo para después.

Fahreddin Pachá afrontaba ya dos grandes problemas inseparables: mantener la defensa y sostener a su gente. Un almacén vacío pesaba tanto como una mala noticia del frente. Al prolongarse el asedio, el hambre y la enfermedad desgastaban a los soldados y a los civiles que quedaban en la ciudad. Cada día había que volver a calcular los menguantes recursos de Medina.



Un día llegó un plato insólito a la mesa del cuartel general: langostas. La escasez era tal que se buscaban otros alimentos. Algunos soldados miraron sorprendidos sus cuencos. Recordaron las sopas calientes y el pan recién hecho de sus hogares.

Fahreddin Pachá sufría las mismas penurias. Había animado a comer langostas y, en una orden escrita, había contado que él también las comía en el cuartel general.

Un soldado dejó inmóvil la cuchara. Miró a su compañero, que también callaba. A veces el hambre dejaba a las personas sin palabras. No hubo largas conversaciones en la mesa. Debían reunir fuerzas para poder hacer guardia al día siguiente, caminar o ayudar a un compañero herido.

Así se prolongó la resistencia de Medina. Tras el hambre que los libros de historia cuentan en unas pocas líneas, estaban las duras noches de cada una de aquellas personas.



Cada mañana se relevaba la guardia, se preguntaba por los enfermos y se revisaban las posiciones defensivas. Un soldado sano el día anterior podía estar hoy en cama. Una carga antes fácil de llevar podía pesar hoy demasiado sobre los hombros de dos hombres.

Fahreddin Pachá se detuvo a la puerta de un cuarto de enfermos. Cuando el soldado intentó incorporarse, le hizo un gesto.

«No te levantes. Descansa.»

«Volveré a mi unidad, pachá.»

«Primero tienes que recuperarte.»

En el pasillo le esperaban más noticias. Medicinas cada vez más escasas, cuerpos debilitados, una esperanza de ayuda cada vez más lejana... Nada de aquello se resolvía solo con una voz firme. Aun así, procuraba organizar las tareas y sostener la resistencia de sus soldados.

Los estudios históricos basados en documentos británicos también describen su firme voluntad de resistir. En los cálculos de las fuerzas enemigas, el guardián de Medina no era un obstáculo fácil de superar.



Entonces llegó de lejos una noticia muy dolorosa. El Imperio otomano había perdido la guerra y había firmado el Armisticio de Mudros el 30 de octubre de 1918. El acuerdo exigía también la rendición de las tropas de Medina.

Nadie habló enseguida al oír la noticia en el cuartel general. Un oficial bajó la mirada hacia la mesa. En lugar de la ayuda que llevaban meses esperando, llegaban órdenes de abandonar la ciudad.

Para Fahreddin Pachá, dejar Medina era la decisión más difícil. Las fuentes recogen así sus palabras cuando antes se había planteado la evacuación: **«No puedo arriar con mis propias manos la bandera turca de la fortaleza de Medina.»**

Ni siquiera la noticia del fin de la guerra puso término inmediato a su resistencia. Ante las llamadas a rendirse, mantuvo la defensa. Mientras callaban las armas en frentes lejanos, en Medina continuaba la espera.



Pasaron los días. Con cada uno quedaba un poco menos de todo. Los soldados agotaban sus fuerzas y los oficiales buscaban una salida. El propio Fahreddin Pachá estaba enfermo. El peso de la larga resistencia se había grabado en su rostro y en su cuerpo.

Su apego a Medina se reflejaba también en los informes del bando contrario. En ellos se señalaba que el propósito de defender la tumba de nuestro Profeta tenía gran importancia en su resistencia.

Cuando el pachá se detenía cerca de la Mezquita del Profeta, todo el ruido de la ciudad parecía quedar atrás. Pensaba en su primera llegada, en los relevos de guardia, en los trenes esperados. No estaba a punto de dejar solo un destino militar. Debía despedirse de una ciudad que ocupaba un gran lugar en su corazón.

Pero aún no podía marcharse. Dar los pasos que lo llevarían fuera de las puertas de Medina le pesaba incluso más que los largos meses de defensa.



Al fin, sus oficiales negociaron las condiciones de la rendición, teniendo también en cuenta el agotamiento de los soldados. Fahreddin Pachá se retiró a una madrasa cerca de la Rawda. No quería marcharse.

El 10 de enero de 1919, sus propios oficiales lo sacaron de allí y lo llevaron al cuartel general del bando contrario. No fue una partida en la que él recogiera sus cosas y dejara Medina voluntariamente. Después se entregó la ciudad; el 13 de enero entraron en ella las fuerzas del jerife Abdullah.

La carga más pesada de aquel viaje no estaba en las pertenencias que llevaba. Estaba en los minaretes que dejaba atrás, en la estación, en los puestos de guardia y en los recuerdos de sus soldados. Lo habían sacado de Medina. Pero no podía dejar atrás su apego a aquella ciudad.

La defensa había terminado. El recuerdo de su guardia de tantos años apenas comenzaba.



Fahreddin Pachá fue hecho prisionero y llevado después a Malta. Al quedar libre, volvió a su país y asumió nuevas funciones. Su vida siguió su curso, pero su nombre quedó ligado sobre todo a Medina. Pasó a la historia como el **Defensor de Medina**, es decir, el comandante que defendió la ciudad.

En su historia, la gran ayuda esperada nunca llegó a tiempo. El hambre no terminó por sí sola una mañana. La defensa no acabó en una victoria que permitiera conservar la ciudad. Aun así, el nombre de Fahreddin Pachá no cayó en el olvido. La gente recordó a un comandante que, incluso en las condiciones más duras, se mantuvo fiel a su deber y a la ciudad que amaba.

Si aquel soldado cansado que montaba guardia una noche en Medina hablara años después de su pachá, quizá diría primero: «Pasó la misma hambre que nosotros. Esperó las mismas noticias. Estuvo allí hasta el final.»

Tuvo que dejar Medina; Medina nunca dejó su corazón.

